

que del fondo de su bajeza ó abatimiento suelen levantar á Dios esa mirada dulce y humilde que es mas que un remordimiento, si no es aún una virtud. Dios las oirá; él oye el menor suspiro sincero, y él acaba de formar toda lágrima que comienza para él. Pero respecto del orgullo de la ignorancia, del orgullo de la ciencia, del orgullo del vicio, él los desprecia á todos tres; les espera en el dia en que cantarán los ángeles por segunda vez, en presencia de todo el universo reunido, él himno de Dios hecho hombre: *¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad (1)!*

No terminaré, señores, sin dedicar un pensamiento á la gran semana cuyos dolorosos recuerdos vamos á celebrar. Esta fué la semana de nuestra salvacion, y lo es aún hoy dia. De lo alto de esa cruz que la Iglesia acaba de cubrir con un velo, no para ocultárnosla sino para hacernos mas presente y mas amargo su duelo, ha veinte siglos que clamans á vosotros la verdad, la justicia y el amor. Oidles en fin, y no desdeñeis tan gran paciencia en una luz tan grande. Vosotros á quienes os advierte la edad sobre las cosas serias, oid el consejo del tiempo que se agrega para vosotros á la voz de Dios. Vosotros á quienes promete la juventud largas horas de gracia, oid lo que hay de mas tierno para vosotros en el llamamiento sangriento de la Pasion. Está escrito que despues que fué arrestado el Salvador, cuando le abandonaron todos los judíos, se vió á un jóven que le seguia detrás envuelto con una mortaja sobre su cuerpo desnudo. Las guardias se arrojaron á él para detenerle, pero les abandonó el sudario y se escapó de sus manos. Este jóven, señores, sois vosotros; es la juventud que debia nacer un dia del cristianismo, no ya deshonrada por vicios sin esperanza, sino sujeta á seducciones, despues á conversiones, conservando en el mal la curiosidad del bien, incapaz de perseguir lo justo, y siguiéndole de lejos en las sombras del mundo con simpáticos presentimientos. Tales érais en la tarde de la Pasion, en aquel jóven vuestro precursor, tales sois hoy dia. Estáis desnudos; llevais el sudario de la muerte y del pecado, y mientras oís inciertos al pié de esta cátedra la palabra sin tacha de la vida, quizás va á poner la Providencia sobre vosotros esa mano bendita que ha hecho y que busca al hombre: ¡Ah! yo os lo suplico, no huyais de ella, dejadle vuestro sudario volviéndole vuestro corazon.

(1) San Lucas, cap. 2, vers. 14.

## SERMON QUINCUGÉSIMO NONO.

### Del sacramento.

No basta la profecía al comercio sobrenatural del hombre con Dios. Ella ilumina la inteligencia, elevándola á pensamientos que no le inspiraria el espectáculo de las cosas finitas; pero la inteligencia no es mas que una parte del hombre, y depende, para moverse, de una facultad que la pone en vaiven, y que es el primer resorte de todos nuestros actos, aunque ella experimente á su vez la influencia de las doctrinas depositadas en el entendimiento, quiero decir, la voluntad. La voluntad es el principio de la actividad libre. Si se detiene en la órbita de la naturaleza, mientras que la inteligencia es llevada mas alto, habrá desacuerdo en las tendencias de nuestro ser, y la obra de la comunicacion divina no se realizará. Es necesario que reciba la voluntad un impulso sobrenatural, al mismo tiempo que experimenta la inteligencia una iluminacion del mismo orden; y que así, marchen todas nuestras facultades juntas á la conquista y á la plena posesion de lo infinito. Por esto, el espíritu de Dios, que se llama el *Espíritu de verdad* (1), se llama tambien el *Espíritu de fuerza* (2); y Jesucristo al prometerlo á sus apóstoles, se lo anunciaba bajo esta doble forma, la una de luz, la otra de potestad ó virtud. Y sin duda alguna, en la accion profética, no deja de tener lugar esta doble efusion; la gracia iluminativa encierra tambien una gracia atractiva que, aunque es suficiente para ayudar la voluntad, no lo es para fundar en ella el reino constante de la justicia, de la vida y del amor divinos. Así como Jesucristo, despues de haber revelado á sus apóstoles el misterio del Evangelio y comenzado en ellos la obra de la regeneracion, puso en él el sello por el don del Espíritu Santo que debia confirmarles con su omnipotente fuerza; así toda alma preparada ya para oír la palabra de Dios, debe recurrir al sacramento para tomar en él la virtud vivificante que exalta la voluntad y la establece

(1) S. Juan, cap. 14, vers. 17. — (2) Actos de los Apóstoles, cap. 1, vers. 8.



en la plenitud de las funciones y de los derechos del orden sobrenatural.

¿Qué es pues el sacramento? Si me limitase á deciros lo que es en el sentido religioso, tal vez no me entenderíais; pero estoy seguro que considerándolo de mas alto, es decir, en su naturaleza metafísica y absoluta, os veréis obligados á respetarle, ya que no sea á practicarlo.

Fijo, pues, nuévemente esta cuestion, y me pregunto en un sentido abstracto y general: ¿qué es el sacramento?

El sacramento, así considerado, no es otra cosa que un instrumento, es decir, un organismo que contiene una fuerza. La idea de fuerza es la idea madre del sacramento, y es imposible por consiguiente razonar sobre él, sino se sabe ántes qué es la fuerza. Cuando tratábamos de la profecía, la cuestion fundamental era esta: ¿Qué es la verdad? Cuando se trata del sacramento, la cuestion fundamental es esta: ¿Qué es la fuerza?

Paréceme, señores, que es fácil responder á ella; porque desde que estamos en el mundo y á cada minuto de nuestra vida no hemos hecho y no hacemos mas que fuerza ó debilidad, y la debilidad misma no es mas que una fuerza inferior á lo que debería ser para el objeto á que la aplicamos. ¿Andais? Esto es un desarrollo de fuerza. ¿Os sentais? Este acto es otro desarrollo de otra fuerza. ¿Estáis en pié? Esto es tambien fuerza. Y así es respecto de todos nuestros actos exteriores, de todos los que se ejecutan por los órganos del cuerpo. Los movimientos del alma, cualesquiera que sean, dependen del mismo principio y siguen la misma ley. ¿Sois valiente ante el peligro? Pues esto es fuerza. ¿Sois superiores á las seducciones del mundo y de los sentidos? Esto es fuerza. ¿Os dejais abatir al disgusto ó al temor? esto es que se disminuye la fuerza en vosotros, y si no la deteneis por medio de un esfuerzo contra vuestras impresiones, se os escapará la vida lenta y dolorosamente. La vida no es mas que un tejido de acciones que proceden de una fuerza mas ó menos énérgica, mas ó menos perfecta, cuyo foco es á un tiempo mismo el alma y el cuerpo.

Si pasais del hombre á las naciones, no encontraréis en ellas otro espectáculo. Las naciones comienzan por un acto de energía, viven del principio que las ha hecho nacer, y mueren por una extenuacion física y moral. Su historia dura tanto como su poder, y su poder tanto como esta fuerza, que reúne á todas las demás en su esencia y en su nombre, la virtud.

El universo á su vez nos dice lo mismo que el hombre y las naciones. Todos estos orbes inmensos que componen su arquitectura obedecen á dos fuerzas, la una de proyeccion que les impele en línea recta, y la otra de atraccion que les llama al reposo en un centro inmóvil; y, repartiéndose entre estos dos impulsos contrarios, describen esa curva constante y gloriosa que nos dispensa, sin faltar jamás, la luz, el calor, el tiempo, el espacio y la armonía.

Todo es, pues, fuerza en el cielo y en la tierra, porque todo es en ellos accion; y la ciencia, de cualquier naturaleza que sea, á cualquier objeto que se aplique, no se ocupa sino de calcular las fuerzas, unas físicas y otras morales, estas matemáticas, aquellas metafísicas ó abstractas; y en fin, mas allá de todo mundo y todo número, la especulacion mas elevada encuentra, bajo el nombre de Dios, la fuerza suprema, eterna, infinita, inmutable, de donde fluye á cada ser, por una participacion proporcionada, el germen de la actividad. Nada, en su consecuencia, debe sernos mas íntimo y mas conocido que la fuerza. Y no obstante, señores, precisamente porque la fuerza es el primer elemento de nuestro pensamiento, no puedo definirlosla sino imperfectamente, menos por su esencia que por sus efectos. Os diré, pues, que es la energía del ser que retiene en sí la existencia por medio de un esfuerzo de concentracion, ó la derrama ó esparce afuera por medio de un movimiento de dilatacion. Todo acto de fuerza se reduce á esto. O bien nos estrechamos en nosotros mismos para recoger nuestra vida y sentirla lo mas posible, ó bien nos dilatamos para comunicarla á otros, y segun el grado de esta doble tension producimos mas ó menos el fenómeno incomprensible que llamamos fuerza. La mano cerrada para rehusar, es el símbolo de la fuerza de concentracion; la mano abierta para consentir, es el símbolo de la fuerza de expansion; y si recordais á vuestro entendimiento los actos perpetuamente renovados de que se compone la vida del hombre, y la naturaleza, no descubriréis en ellos nada que no se refiera á este movimiento alternativo que nuestro corazon hace sin cesar presente en lo físico y en lo moral.

La fuerza de concentracion en su colmo, es la eternidad. Aquel solo la posee, que en un momento único, indivisible y absoluto, experimenta en sí mismo y para siempre la sensacion infinita del ser, y puede decirse: *Yo soy el que soy* (1). La fuerza de expansion en su colmo, es la creacion. Aquel solo la posee, que bastándose á sí

(1) Exodo, cap. 3, vers. 14.



mismo en la plenitud de la existencia puede llamar á la vida, sin perder nada de la suya, á quien quiere y lo que quiere, cuerpos, espíritus, mundos, y así siempre en siglos sin número y en espacios sin fin. Tal es Dios.

Dios, pues, al darnos el ser, nos ha dado la fuerza, sin la cual no puede ni aun concebirse ser alguno, y nos la ha dado en sus dos elementos, el uno que nos sirve para durar, el otro que nos sirve para propagarnos; el uno por donde caminamos al acto de la eternidad, el otro por donde nos inclinamos al acto de la creacion. Pero hay entre Dios y nosotros, bajo este respecto, una grande y capital diferencia: Dios posee por sí la fuerza de concentracion y de expansion, mientras que nosotros solo la tenemos prestada, por medio de los instrumentos que la divina sabiduria nos ha preparado. Así, haréis vanos esfuerzos, aunque sois seres vivos, para vivir del único alimento de vuestra sustancia, y del único mandato de vuestras necesidades. Aunque estuviérais como Ugolino, encerrados en una torre, con vuestros hijos á vuestros piés, clamando á vosotros en las torturas de la inanicion, ni como hombres, ni como padres, podríais sacar del mas enérgico trabajo de vuestra alma otra cosa que la desesperacion ó la resignacion. Tendríais que caer de impotencia sobre el cuerpo de vuestros hijos, postrados tambien del mismo mal. Sin duda que la fuerza de vuestra voluntad retardará mas ó menos esta catástrofe del hambre. El alma sostiene al cuerpo en lucha con el dolor y la muerte, y esto se ha visto bien en los mártires en quienes la asistencia divina se hacia un juego en desafiar á los tiranos, y traspasar el genio de los suplicios por el valor paciente de la fe. Pero siendo esta exaltacion de la virilidad el triunfo de la virtud, no hace mas que conducirla con gloria al sepulcro; es necesario que sucumba en el orden material, y que rinda testimonio de que ninguna criatura tiene por sí misma el derecho ó el poder de la inmortalidad. Nosotros poseemos la vida con la condicion de conservarla por otra cosa que nosotros mismos, es decir, por medio de los instrumentos á que ha comunicado Dios la fuerza de reparar y de sostener la nuestra. Si la naturaleza no nos llevase como una madre en su seno, si no nos preparase con una inagotable fecundidad la leche de la planta y la sangre del animal, nuestra vida no sería ni un sueño. Subsistimos por la fuerza invisible contenida en un organismo visible; y no siendo otra cosa el sacramento ó el instrumento, es necesario concluir que subsistimos por el uso natural y cotidiano de los sacramentos.

Lo mismo sucede con la fuerza de expansion. Si queréis obrar exteriormente sobre el ser menos capaz de resistir, no podréis conseguirlo directamente por un simple acto de voluntad. En vano diréis á este grano de arena que se retire de vuestro camino. Dios mueve el universo sin hablarle siquiera; respecto de vosotros, un átomo desafía vuestros mandatos. Vosotros le interpelais y le decís: ¡Tú me importunas, vete! Él calla y desprecia vuestras órdenes. Seria necesario, si os empeñaseis en que se alejara, que recurrieseis á vuestro cuerpo, que es vuestro primer instrumento; seria necesario que se bajara vuestra mano hasta la tierra, y arrojase lejos de vosotros la arena insolente que ha despreciado el deseo y el poder del hombre. Pero el cuerpo es un instrumento limitado; por poco que se aumente la resistencia, no basta para vuestro imperio la fuerza que él contiene; os es, pues, necesario buscarle auxilios y agregar á su accion la accion extraña de la palanca. La palanca misma deberá agrandarse en proporcion del peso que debe levantar, y con esta ayuda material puesta en un punto de apoyo, edificaréis vuestros palacios, vuestros templos, vuestros sepulcros, todos esos monumentos concebidos por vuestro genio, pero ejecutados por vuestros brazos asistidos de un vil organismo. Podríais, decia Arquímedes, mudar de lugar todos los mundos con la palanca, con tal que la diéreis una longitud que determinase el cálculo, y que le hallárais un punto de apoyo que sostuviera el peso de su masa y el esfuerzo de su movimiento.

¡Gloria á vosotros, señores, pero gloria á vosotros, porque sabéis someteros instrumentos capaces de elevar hasta el cielo la ambicion de vuestras obras! Sin su auxilio, no conoceríais del firmamento mas que las apariencias, de la tierra mas que su superficie, de la historia mas que un vago y limitado recuerdo, y de vosotros mismos el límite estrecho de vuestras facultades. El instrumento es toda vuestra fuerza tanto exterior como interiormente, tanto en el orden de la expansion como en el orden de la concentracion. Pero siendo el instrumento y el sacramento una misma cosa, ¿puede decirse que el hombre no es nada mas que por el sacramento; que el sacramento es su vida, su poder, su soberanía, su inmortalidad? Lo digo, señores, lo digo despues de haberlo probado, y para que no os admireis de ello, deseo conocer la razon y revelárosla.

¿Por qué, pues, no viene de afuera nuestra fuerza? ¿Por qué nos viene de una fuente inferior á nosotros, ó al menos, por qué no podemos sostener y desarrollar lá que nos es propia, sino con el



auxilio de otra que nos es extraña y que se contiene en las regiones mas bajas de la naturaleza? ¿Por qué, señores? ¿Tan difícil es entenderlo? Si poseyésemos la fuerza de concentracion y de expansion por nosotros mismos, como esta doble fuerza es la esencia de la vida, no tendríamos la vida en nosotros y por nosotros, sino que seríamos para nosotros mismos nuestra subsistencia y nuestra razon de ser, seríamos Dios; ó al menos, no teniendo conciencia de la accion sorda é insensible por donde nos derramaria Dios interiormente la vida, nos persuadiríamos sin dificultad que la teníamos como propia, y en lugar de elevarnos por un humilde reconocimiento hácia el autor de este magnífico don, nos detendríamos en nosotros como en nuestro principio y en nuestro fin. Nuestra grandeza nos engañaria, y no siendo la naturaleza bajo nuestros piés mas que una esclava espectadora y pasiva, fundaríamos en ella el pensamiento de que la naturaleza no es distinta del hombre, y adoraríamos en ella, por un panteísmo que justificaria su obediencia, la reverberacion de nuestra majestad soberana. Dios era sobrado justo; era demasiado paternal para entregarnos á tan fáciles orgullos; él nos ha hecho el primero de los seres visibles, pero advirtiéndonos de nuestra dependencia respecto de él por la en que estamos de toda la creacion. Nosotros no mandamos, sino con la condicion de obedecer; no vivimos, sino solicitando la vida; no obramos, sino con ayuda del polvo que mancha nuestros piés. Dios al darnos un alma mas grande que el cielo y la tierra, no le ha permitido vivificar por si sola el barro del cuerpo que habita, ni comunicarle una accion igual á su voluntad. Ha puesto entre nosotros y la fuerza un intermediario; la ha ocultado en el seno de la naturaleza, bajo formas que aceptamos sin comprenderlas; y cuyo uso necesario no humilla mas que á medias nuestra altivez, porque tenemos la gloria de descubrirlas, y creemos hacer de ellas servidores, justificando la ley por la que dependemos de ellos. Pero puesto que despreciáis el sacramento sobrenatural, conoced al menos lo que vale el sacramento natural. Vosotros, reyes del mundo, no podeis vivir, sino comiendo y sentándoos á una mesa para devorar en ella sangre, carne, yerbas que habeis disputado á los mas viles animales, y experimentando dentro de vosotros una inexplicable transmutacion de la materia inanimada en la gloriosa y viviente sustancia del hombre. Vosotros, reyes del mundo, para quienes es sobrado estrecha esta tierra, no podeis poner dos piedras una sobre otra sino con el auxilio de un instrumento que somete

vuestro genio á un pedazo de madera muerta. Porque ¿qué es una palanca? Una palanca es un palo. ¿Sí, hombres soberbios, matemáticos, sabios, artistas, para edificar este templo en que os hablo teneis que recurrir á un palo! Vuestro pensamiento ha concebido el edificio, pero lo que lo ha edificado ha sido un palo puesto sobre otro palo.

Y no obstante, ¿cuál es el escolar de filosofía á quien no haya chocado la idea del sacramento? ¿Cuál es el jóven talento que al ejercitarse en las matemáticas en el cálculo de las fuerzas, no se haya reido del sacramento? Él, que se sirve de ellas cada dia con una imperturbable fe, que anda rodeado de instrumentos, que cuenta, pesa, mide, mira con instrumentos; él, que se deshace de gozo ante una máquina, y que nunca vé una coleccion de ellas en los museos sin sentir un movimiento de orgullo; él, ese mismo hombre, al pasar ante una iglesia no puede menos de sonreirse al pensar que haya en ella criaturas de razon haciendo uso de cierta cosa que se llama el sacramento. ¡Ah! Dios mio; sí; señores, el cristiano vive de sacramentos como vosotros vivís de ellos; la religion tiene sus sacramentos como la ciencia tiene los suyos; y ántes de compadecerla, hubiera sido justo saber si no era este el modo universal de la vida, porque es duro vivir por la misma cosa que mas se deprecia.

Si Dios no hubiese criado al hombre sino para el tiempo y el espacio, no le hubiera dado mas que la fuerza correspondiente al tiempo y al espacio, y los únicos instrumentos que hubiéramos conocido hubiesen sido instrumentos naturales. Pero tal no era la vocacion del hombre. Habiéndole puesto Dios en el mundo por un motivo de su bondad, quiso comunicarle su perfeccion y su beatitud, desde luego indirectamente bajo una forma finita, representativa y enigmática, que constituye el órden de la naturaleza; despues, directamente, por una efusion mas elevada de luz y de amor, que preparase al hombre, por medio de su libre cooperacion, á ver y á poseer plenamente al autor de todo bien. En una palabra, palabra enérgica é inaudita, pero sacada de la Escritura y conservada hasta nosotros por la tradicion cristiana, el fin último del hombre es su deificacion, es decir, una union tan estrecha con Dios, que sin destruir nuestra personalidad debe hacernos partícipes de la naturaleza y de la vida divinas. Esto es lo que el apóstol S. Pedro escribia en estos términos á los fieles de su tiempo: *« Simon Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, á los que alcanzaron igual fe con nosotros en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo... por el cual nos ha dado muy grandes y preciosas promesas: para que*



por ellas seais hechos participantes de la naturaleza divina (1). Y San Pablo, escribiendo á los Hebreos, les decia: *Por quanto somos hechos participantes de Cristo, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de la sustancia de él* (2). Y en cada página del Evangelio se nos promete la vida eterna, es decir, la vida de Dios, como la recompensa de nuestras obras operadas en la fe, y la consumacion del plan divino sobre nosotros. Ahora bien, consistiendo la vida de Dios en una fuerza infinita de concentracion, que es la eternidad, y en una fuerza infinita de expansion, que es la caridad creadora, esta doble fuerza infinita es la que debe comunicárenos inicialmente para responder desde el mundo al llamamiento prodigioso de la omnipotencia divina. No tengo que discutir este llamamiento, ya lo he hecho, y aun cuando no lo hubiera hecho, ¿qué importa? ¿Acaso hay aquí alguna alma que acepte el tiempo y el espacio por su destino? ¿Acaso no tenemos todos, creyentes é incrédulos, la fe de que el espacio no es nuestro horizonte, de que el tiempo no es nuestra medida, de que vamos mas lejos y mas alto, y de que la vida presente no es mas que el pórtico doloroso de un porvenir mas grande? Sí, todos, excepto el ateo; ¿y aun debo exceptuar á este? excepto el ateo no hay hombre que no sienta en sí un gérmen de divinidad. Todos á causa de esto podemos morir para nuestras ideas y nuestros afectos, para la verdad y la justicia: porque, no obstante nuestra debilidad, experimentamos en ocasiones una impresion tan viva del Dios oscuro que está en nosotros, que nos parece un sueño la muerte, y el deber de morir una inmortalidad.

¡Ah! ¡Yo doy gracias á Dios de que, en este profundo misterio de nuestra union con él, no haya disentiimiento entre nosotros, sino sobre el modo y el grado! ¡Le doy gracias y le bendigo por ello; y me siento contento y me glorío de hallar un punto en la esperanza y en lo infinito, por donde, quienquiera que seamos, antiguos ó modernos, paganos, musulmanes, herejes, incrédulos, nos encontramos y nos comprendemos una vez! ¡Salud; tierra prometida del hombre, duracion que no será ya un principio y un fin, sustancia incomprendible que nos llevará sin crecer y sin disminuir, aire, luz, calor, respiracion de nuestra alma, salud! Aunque no os entendemos todos de la misma manera, aunque no todos tenemos de vosotros la misma certidumbre, todos tenemos el indefinible augurio de

(1) S. Pedro, epíst. 2, cap. 1, vers. 1, y siguientes. — (2) S. Pablo epíst. á los Hebreos, cap. 3, vers. 14.

vosotros hasta en la desesperacion del suicidio; y si vosotros existís, si vuestra aurora vista de tan lejos no engaña el corazon del hombre, ¿qué otra cosa podeis ser sino Dios? ¿Qué otra tierra, qué otro cielo, qué otro océano, si no es Dios, traeria á nuestro espíritu fatigado mejor vision que la vision de acá abajo? Sí, desde acá abajo, para todos nosotros, Dios es nuestra perspectiva y nuestro alimento; aun cuando le hemos expulsado, habita aún en nosotros quejoso y consolador, como esos vientos desconocidos que pasan por la noche, en la cima devastada de las altas montañas, y remueven en ellas suavemente alguna planta perdida que jamás tocó la piadosa mano del viajero.

Dios es nuestro porvenir, ó no tenemos porvenir alguno; caeremos en su vida, ó caeremos en la muerte; una cosa ú otra. La inmortalidad sin la union íntima con Dios es el sueño abstracto de la beatificacion, ó bien el sueño adúltero de un materialismo infinito. No pienso yo que haya descendido tan bajo vuestra esperanza, y por consiguiente es necesario que goceis de Dios eternamente, si no debeis perecer eternamente.

Gozar de Dios, estar en Dios y con Dios, sumergidos en su seno, como lo estamos en la naturaleza, hé aquí la vocacion del hombre; y esta vocacion no puede habérsenos dado sin una fuerza correspondiente que nos prepare, desde este mundo, á nuestro estado final. Seres destinados á una transformacion en lo infinito, debemos tomar en alguna parte la semilla eficaz de este divino cambio. Así como nos vierte la naturaleza sus tesoros para mantener nuestra vida terrestre, así Dios derrama en nosotros tambien necesariamente los suyos para elevarnos hasta su vida, y segun la ley general de la comunicacion de las fuerzas, la energía sobrenatural se nos presenta y se incorpora á nosotros en un instrumento.

Habiéndose sentado Jesucristo á la orilla de un pozo en la tierra de Samaria, vió venir una mujer que iba á tomar agua, y le dijo: *Mujer, dame de beber*. La Samaritana le respondió: *¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber, á mí que soy mujer samaritana?* Y Jesús le dijo: *Si supieses el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber, tú de cierto le pidieras á él, y te daria agua viva*. Esta mujer llena de las oscuridades del hombre, y que nos representa tan bien la miseria de nuestros raciocinios, respondió á su interlocutor: *Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde tienes pues el agua viva?* Jesús, no cansándose de ofrecer una misericordia dos veces ya desechada, le replicó: *Todo aquel que*



bebe de esta agua volverá á tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré nunca jamás tendrá sed, y esta agua se hará en él una fuente que saltará hasta la vida eterna (1). Tal es, señores, la diferencia entre el sacramento de la naturaleza y el sacramento de la gracia: en ambos se contiene la fuerza en un elemento sensible; pero el primero no comunica mas que una vida pasajera, y el segundo da una vida que brota en la eternidad, porque alimenta el alma de Dios.

¡Alimentar el alma de Dios! qué expresion, me diréis, ¿y qué puede tener de real? Concíbese que un cuerpo se alimente de otro cuerpo, puesto que los dos son de la misma naturaleza y que se componen de partes que se dividen indefinidamente; ¿pero cómo una sustancia simple, tal como el alma, puede alimentarse de otra sustancia mas simple aún, tal como la esencia de Dios? No hay duda, señores, de que un espíritu no se alimenta como un cuerpo; sin embargo, no en vano tienen las lenguas humanas la tradicion de estas atrevidas figuras, y transportan á la vida espiritual las operaciones de la vida animal. El ser, en cualquier rango de honor ó de inferioridad que le haya establecido Dios, no vive sino con las fuerzas que ha recibido de afuera; y el acto eminente, por el cual recibe y se asimila estas fuerzas, es el acto mismo de alimentarse. Ahora bien, el espíritu recibe y asimila fuerzas así como el cuerpo, por consiguiente se alimenta; y si las fuerzas que le hacen revivir ó le mantienen se las ha dado Dios por una efusion inmediata, esto se llama elocuente y exactamente alimentarse de Dios. Por lo demás, poco importa la frase con tal que exista la idea. Dios en el sacramento sobrenatural comunica al alma una fuerza de expansion que la lleva directamente hácia él, y una fuerza de concentracion que la une íntimamente á él; y si os cansais de estas expresiones tomadas de las ciencias físicas, os diré con la lengua de San Pablo: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis*; — *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado* (2). La caridad, es decir, el amor que no proviene de la carne y de la sangre, sino de la belleza de Dios presente al alma por la fe, la caridad es esa fuerza de expansion y de concentracion que nos une sobrenaturalmente á Dios. Por ella nos elevamos sobre los sentidos y sobre todos los encantamien-

(1) S. Juan, cap. 4, vers. 7 y siguiente. — (2) Epístola á los Romanos, cap. 5, vers. 5.

tos que nos ofrece el mundo visible; por ella, vista una vez en la figura de Cristo la personalidad divina, encontramos en ella mas gusto, mas paz, mas alegría, mas embriaguez que en ninguna cosa criada; y así como olvidaban los patriarcas bajo la tienda nupcial la muerte de sus madres, así nos olvidamos nosotros y nos perdemos en este amor sobrehumano. Nos pasamos á Dios, y estrechándole en lo mas fuerte de nuestras entrañas con una inexplicable certidumbre de tenerle, le arrebatamos algo de su vida, abandonándole toda la nuestra.

¿Quién de vosotros, habiendo sido amado y suponiendo que se puede amar á Dios, no entiende lo que quiero decir? ¿Quién de vosotros no ha conocido ese movimiento del corazón que se explaya y se vuelve á encontrar en otro? Hasta las criaturas inanimadas tienen el instinto secreto de esto: ellas se busean y se unen por medio de sordas afinidades, y estas leyes famosas que arrastran á los cuerpos celestes, no son mas que la revelacion sensible de las fuerzas que nos mueven en Dios, en el misterio de la beatificacion inicial y de la beatificacion consumada.

Tal vez no negueis estas fuerzas, ni que el amor en todos los grados sea su principio; pero os admirais de que, en el orden sobrenatural ó religioso, se nos comuniquen bajo una forma tan humilde y tan poco en relacion con ellas como el sacramento. En el sacramento ó el instrumento natural, me diréis, hay proporcion entre la causa y el efecto. Yo tomo una palanca, remuevo un cuerpo, el efecto es natural como su causa; pero ¿qué relacion puede descubrirse entre algunas gotas de agua derramadas sobre la cabeza de un hombre, y su transfiguracion en Dios por la caridad?

La objecion supone, señores, que en el sacramento natural hay proporcion entre la causa y el efecto: yo lo niego. Yo sostengo, que entre la palanca y el cuerpo movido por ella no existe mas relacion que entre el agua que bautiza y el alma purificada por esta agua. En efecto, ¿qué es la palanca? Ya lo he dicho; es un trozo de madera muerta, puesto sobre otro trozo de madera muerta que le sirve de punto de apoyo. Esta definicion no es científica, pero no puede combatirse. Ahora bien, ¿es aquí, es en este inerte organismo donde existe la fuerza que ha de levantar el peso? De ninguna manera. El peso permanecerá eternamente inmóvil, si mi brazo no da un impulso á la palanca; y mi brazo mismo permanecerá sin accion si mi voluntad no le manda que se mueva, y si no resiste tanto mas cuanto mayor es el obstáculo de la pesadez. ¿Dónde está, pues, la fuerza?